

el bien de nuestras almas, que es el objeto de sus piadosas intenciones: *Unicuique datur manifestatio spiritus ad utilitatem*, que dijo el Apóstol (1).

Pero cuando Dios quiere hacer un hombre especial y capaz de los grandes designios que tiene sobre él, recoge y junta en uno solo todas las gracias y dones diferentes que tiene repartidos entre muchos; y haciéndolo todo con el peso y medida propia de su prudencia, le comunica el don de milagros, para forzar los infieles á abrazar una religion que ellos desprecian: el don de ciencia, para convencer con razones incontrastables á los incrédulos y libertinos: el don de fe, para que jamas titubee en las adversidades y contradicciones: el don de la palabra, para enseñar á los ignorantes y reducir los relapsos: el don de las virtudes, para edificar al pueblo con sus ejemplos: y así de otros particulares dones que reparte con discrecion la Sabiduría divina á estos hombres evangélicos, haciéndolos á un mismo tiempo obradores de milagros, predicadores, doctores, apóstoles, profetas, y aun podemos decir omnipotentes.

De esta clase es preciso decir que fué san Torcuato; porque para el alto destino que Dios le dió de fundador y apóstol: para la grande empresa de arrancar y plantar, de edificar y destruir, que es anexa indispensablemente á este ministerio, no bastó hacerle columna de hierro y muro de bronce, como á Jeremías: no dotado de una elegancia áulica, como á Isaías; no elevado á la alteza de las visiones, como á Ezequiel; fué necesario juntar en él todas las gracias y recoger en su espíritu todos los dones que estuvieron repartidos en todos los héroes: por eso dije al principio de este discurso que en el nombre de fundador está cifrada y compendiada toda la gloria de Torcuato. Pero pues ya hemos visto cómo mereció el título de patrono por la fundacion, veamos cómo lo adquirió tambien por la dotacion.

PARTE SEGUNDA.

A la accion de fundar se sigue la de dotar, como á la de criar la de conservar. Seria una fundacion muy imperfecta cuando no la acompañase una dotacion proporcionada: así como no

(1) *I. ad Corinth. c. 12. v. 7.*

hubiera andado Dios tan pródigo como era justo en la fundacion ó creacion del universo, si despues de haberle dado un ser tan portentoso y sacádole de la nada, no le hubiera provisto de su subsistencia, dotando todas las cosas de aquella admirable virtud con que conservan este ser, haciéndose por su armonia y conformidad único objeto de las complacencias de Dios: *Vidit Deus cuncta que fecerat, et erant valdè bona* (1). Bastaba esta bondad que vió el Señor en sus criaturas para hacer empeño de protegerlas y conservarlas; pero á mas de ser buenas, tenian tambien las circunstancias de propias; esto es, de ser hechuras de sus manos, y en cuya formacion habia empleado el trabajo de seis dias. Digo trabajo en la sana inteligencia que sabeis, y en el mismo sentido en que se dice de Dios que descansó: *Et requievit Deus*.

Sobre este principio contemplemos ahora á san Torcuato despues de concluida y perfeccionada su fundacion. Su complacencia en la conversion de Luparia y de toda la ciudad á imitacion de esta senadora: la que despues le resultó de la pronta ereccion de templo y pila de bautismo (que fué la primera que hubo en este reino), todo á beneficio del primer milagro sucedido en el rio Fárdes, fueron solamente un preludio de las que habia de tener nuestro héroe, cuando llegase á la conclusion de esta obra, en que así le empezaba á asistir la gracia divina. Y así contemplémosle despues de aquellos penosos dias que gastó en abrir las zanjas de este edificio espiritual. De esta torre, digo, para la que pide tanta computacion de gastos nuestro Evangelio, y cuya edificacion confió Dios á nuestro santo con la seguridad de que la habia de concluir con el mayor honor: no permitiendo que los que le viesen emprender esta obra tan difícil pudiesen burlarse de él, diciendo que la habia llegado á empezar y no la habia podido consumir. Considerémosle despues de haber derramado tantos sudores, de haber sufrido tantas fatigas, de haber vencido tantas dificultades; y finalmente despues de haber superado tantos monstruos como en esta difícil conquista se opondrian á la introduccion de la fe, sin duda mucho mas voraces que los toros de la matrona Lupa, y que la serpiente del Padron, á quien amansó y venció nuestro santo y sus compañeros con

(1) *Genes. c. 1. v. 31.*

sola la señal de la cruz, matando á esta y obligando á aquellos á que uncidos sin resistencia á un carro, condujesen á Compostela el cuerpo del santo apóstol que habian traído de Jerusalem para darle sepulcro en nuestro país (1). O para decirlo mejor, contemplémosle despues de haber fundado para Dios un nuevo cielo y una nueva tierra, en nada inferior á la que en su Apocalipsis nos describe san Juan : *Vidi cælum novum, et terram novam* (2). No obra de seis dias, como la que expresa el libro del Génesis, sino de muchos meses y de muchos años : no extraída de la nada, que no pudo hacer resistencia al divino poder ; sino del albedrío humano, siempre rebelde al espíritu de Dios, especialmente en unos hombres idólatras, indóciles y tenaces, en quien cada progreso era un triunfo, porque cada paso era un peligro. Contemplemos pues así á este guerrero prodigioso, y veremos con cuánto empeño cuidaria de conservar su grey, y cuánta seria su complacencia al ver acabada esta fundacion. Á proporcion de este júbilo seria el dote con que la procuró asegurar nuestro santo.

Y cuál fué este? preguntaréis. Digo que este dote es la misma aplicacion y conato con que se empeña este gran fundador en ampararnos con su patrocinio. Y si no, decidme : ¿á qué atribuíis las felicidades que gozais? ¿á qué los bienes que poseeis? ¿á qué la oportunidad de las lluvias? ¿á qué la abundancia de las cosechas? ¿Quién media cuando Dios nos azota? ¿Quién como otro Moises detiene el brazo cuando nos castiga? ¿Quién nos libra de la hambre, de la langosta, de la enfermedad y otras plagas que suelen afligir nuestra region? Pues no es otro que san Torcuato, quien para eso nos dejó el dote de su patrocinio. Por esta causa quiso derramar su sangre en esta tierra y teñir con ella los postes de este edificio espiritual ; al modo que se hizo en Egipto con la sangre del cordero para librar á los israelitas del ángel exterminador (3). Á este fin tambien quiso que su sagrado cuerpo fuese sepultado cerca de esta ciudad, dándonos esa prenda segura de que siempre nos habia de proteger. Pues la sangre de este glorioso mártir y el sitio donde estuvo su sepulcro, han sido, son y serán el mayor escudo de su grey y el mejor lenitivo de la divina indig-

(1) *Echever. Hist. de S. Indal. fol. 54.* (2) *Apocal. c. 21. v. 1.*

(3) *Exod. c. 12. v. 22.*

nacion ; como lo son en Roma, segun el Crisóstomo para defender el romano imperio, los famosos sepulcros de san Pedro y san Pablo.

Sí, oyentes míos, creedlo así : porque ¿cómo no respetará Dios las cenizas de un mártir tan glorioso? ¿Cómo no se moverá á piedad al ver un monumento tan digno de respeto? Parece que oigo decir á Dios, hablando con nuestro santo, lo mismo que por boca del Crisóstomo decia á los apóstoles puestos en su sepulcro. Ea, Torcuato, rodea y fortalece tu ciudad, protege y patrocina esa nueva Sion (1) ; esto es, defiéndela con tus ruegos, socórrela con tus oraciones, abroquelala con tus súplicas ; para que si me enojo en algun tiempo y resuelvo destruirla por sus pecados, al ver tus sagradas reliquias y esas señales todavía sangrientas que me testifican tu amor, venza la misericordia á la ira, y atendiendo á tus intercesiones, suspenda la venganza contra tus clientes ; pues cuando veo llorar al sacerdocio y al reino, y que se acogen á tu proteccion, oponiendo á mis rigores tu sepulcro, al instante me compadezco y hago memoria de aquella mi voz paternal : *Protegam urbem hanc, propter David servum meum, et Aaron sanctum meum.*

Tanto como esto nos defiende el sepulcro de Torcuato ; que aun por eso nació en él aquella oliva, que es símbolo de la paz y misericordia (1). Y aunque no veais hoy repetido el admirable portento de florecerse y dar fruto en el dia consagrado á este glorioso mártir, no por eso imagineis que ya perdió su significacion esta oliva milagrosa. Siempre será nuestra defensa y siempre contendrá los rigores de la divina ira. Nuestros pecados la agostan, para que no florezca ni nos consuele ; pero siempre será iris de paz que nos libre de los enojos de Dios. En el sepulcro del santo tiene echada su raíz : pues á vista de esto ¿qué hay que temer? Siempre dará abundantemente el aceite de la caridad ; porque siempre nuestro santo será oliva fructífera en la casa del Señor.

Pero gran Dios, ¿por qué hemos de estar privados de tan preciosas reliquias, teniendo como tenemos tanto derecho á ellas? Si es dote nuestro, no solo la sangre sino tambien el cuerpo de nuestro santo, ¿por qué nuestra herencia ha de ha-

(1) *Urban VII in Orat. actionis gratiarum post miss.*

(2) *P. Florez. t. 7. c. 2.*

ber pasado á los extranjeros y hemos de carecer de tan rico tesoro? Todos lloramos como María al rededor de este sepulcro y decimos como ella: *Tulerunt Dominum de monumento* (1); pero no tenemos la fortuna que ella tuvo de encontrar lo que buscamos. Ella con su perseverancia y su llanto encontró por fin á su Señor, aunque en otra figura; pero nosotros por mas que busquemos y lloremos no encontramos á nuestro santo. ¿Qué es esto, Dios mio? ¿Por qué permitisteis este robo, para que ahora tengamos este desconsuelo?

Pero, oyentes míos, no os quejeis así, que es muy grave la causa que hay para que el cuerpo de nuestro santo descansa hoy en otra region. No llameis hurto á lo que fué justicia, ni deis el nombre de rapto á lo que hicieron por pura obligacion nuestros mayores. Una de las que tenian los clientes á sus padrinos, segun el derecho antiguo de los romanos practicado desde el tiempo de Rómulo, era el rescatarlos y ponerlos en libertad cuando estaban cautivos; y como por la inundacion general que padeció España de los sarracenos llegó á estarlo en efecto nuestro glorioso santo (2), fué preciso para desempeñar esta obligacion que sus clientes, en consecuencia del expresado derecho, procurasen sacarle de la esclavitud y restituirle á su primera libertad. Este es el motivo de que el cuerpo de nuestro santo esté hoy fuera de este hemisferio: y esta es tambien la razon de que sus fieles discípulos le sacasen de su sepulcro para trasladarle á otro depósito, llevando sus sagrados huesos á aquella tierra afortunada á donde los habia destinado la Providencia divina: al modo que los israelitas condujeron los del patriarca José á la tierra de promision, sacándolos para esto de la padecida cautividad (3); porque ni era conveniente que los huesos de José estuviesen entre los egipcios, ni que los de nuestro santo permaneciesen entre los moros. Pero no imagineis que la distancia de estos huesos disminuya un punto el patrocinio de nuestro santo, ni que por estar ya sin ellos su monumento deje Dios de serenos por él igualmente propicio. Desde todas partes nos defenderán y protegerán esas santas reliquias; porque en todas partes las mirará el Señor como nuestras, siendo el principal dote de esta fundacion que nos dejó Torcuato por su caridad.

(1) *Joann. c. 20. v. 13.* (2) *Florez, t. 5. de la Esp. sag. c. 5. § 2.*
 (3) *Exod. c. 13. v. 19.*

Para que os persuadais de lo dicho y fundeis mas vuestra esperanza, sírvaos de estribo el siguiente suceso (1). Ya sabeis que el sitio adonde se trasladó el cuerpo de nuestro patrono fué la iglesia de santa Coloma, sita en el reino de Galicia, que como yacía allí cerca el del apóstol Santiago, era razon que no distasen entre sí mucho el discípulo y el maestro. Intentó san Rudesindo (cuyo era aquel territorio, ó por donacion real ó por herencia de sus padres) que se trasladase la sagrada urna á su convento de Celanova, así por la mayor decencia, como por tener mas inmediata tan preciosa reliquia. Mandó ponerla sobre un carro, al que se uncieron unos bueyes muy fuertes y de mucho poder; pero por especial providencia se mantuvo tan inmóvil la sagrada urna, que por mas que los bueyes tiraron, no la pudieron arrancar. No conociendo todavía el misterio, forzaron á los brutos con mayor estímulo para que moviesen el carro; pero ellos, quebrando á un tiempo las cuerdas con que estaban uncidos, se soltaron y huyeron precipitados á los montes. Admirado del suceso se puso en oracion san Rudesindo para saber del Señor cuál era su voluntad; y le dió á entender que Torcuato no queria desamparar aquella poblacion, donde se le habia dado tanto culto y donde habia encontrado tan buen alojamiento: por lo que ya que se trasladaban sus huesos á otro depósito, tenia por bien dejar allí su sepulcro, para que fuese á sus honradores de perpetuo amparo.

De hecho sucede así, oyentes míos; pues aquella urna sacrosanta es hoy todo el asilo de aquella tierra (2). No llega á ella algun afligido que no vuelva enteramente consolado. Los polvos que sacan de allí sus devotos, curan de innumerables accidentes, al modo que en los primeros siglos era el fruto de nuestra oliva el sanalotodo ó la medicina universal de todos los males; pero para el flujo de sangre tiene una virtud específica, siempre segura en sus aplicaciones, segun la experiencia de aquellos pueblos. Pues yo quiero ahora preguntaros: si así mira san Torcuato por los que no fueron sus hijos, sino solamente sus aposentadores; ¿cuánto mas mirará por vosotros, á quien engendró por el Evangelio, y por cuya conversion padeció en vida tantos trabajos? Si á aquellos, porque los hospedaron con amor, dispensa tan á manos llenas su patrocinio; ¿cuánto mas

(1) *Florez, t. 7. c. 4. fol. 27.* (2) *P. Florez, t. 7. c. 4.*

lo dispensará á vosotros, que le amais y venerais como á primer maestro? Finalmente, si aquel sepulcro instable y como prestado es tan gran defensivo para todas las cuitas; ¿el nuestro permanente y propio, qué deberá ser para nuestras dolencias?

Llegad pues á él con veneracion y confianza, que no sereis defraudados en vuestras súplicas. Tenemos un patrono, que no ménos que Onías protege á su amada grey: un fundador, que á imitacion de Cristo dió la vida por su rebaño, y con su sangre misma dotó y enriqueció á esta su esposa: un heróico discípulo, que por seguir á su maestro dejó á su padre y á su madre, su familia y todo cuanto tenia propio: un apóstol insigne, obrador de milagros, domador de fieras, destruidor de ídolos y artífice de las mas grandes obras; en quien juntó Dios todos los dones que habia repartido en todos los héroes: un tesoro riquísimo, manantial de gracias y favores, donde todos encuentran consuelo, nadie desden: una medicina universal, donde el ciego encuentra vista, el cojo rectitud, el manco expedicion, el endemoniado libertad. En fin un padre, un amigo, un pastor, una estrella, una luz, una guia, que conduciéndonos siempre por las sendas seguras de la gracia, nos facilita los coronas eternas de la gloria. Yo os la deseo. Amen.

SERMON

DE SANTO TORIBIO,

PATRONO Y OBISPO DE ASTORGA.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

Ecce ego mitto vos sicut oves in medio luporum.

Yo os envío como á ovejas en medio de los lobos.

S. Mateo, c. 10. v. 16.

Habia venido Jesucristo á establecer un nuevo reinado, y ordenó un nuevo género de conquista. No empleó para reducir á los pueblos á su ley y su obediencia la fuerza de las armas, sino la predicacion de su doctrina. No envió á los pueblos y ciudades á sus discípulos con grandes riquezas ni con ejércitos imponentes; los mandó pobres, sin provisiones y sin apoyos ni recursos humanos, como á ovejas en medio de los lobos: *Ecce ego mitto vos sicut oves in medio luporum.* El reinado de Jesucristo se estableció por fin: las ovejas vencieron á los lobos. Los apóstoles y discípulos de Jesus llevaron por los pueblos y naciones enemigas é idólatras la luz del Evangelio, y con su prudencia, con su simplicidad, con su vida irreprochable, con su doctrina confirmada con milagros y con su misma muerte lograron el triunfo, y que la religion de Jesus se estableciese.

He aquí, hermanos míos, los medios de que se vale el Señor en todos los siglos para conservar su religion, y las armas de que quiere que se provean los obispos y pastores á quienes elige para gobernar y regir su iglesia: los envía como á ovejas en medio de los lobos; los pone en un puesto elevado para que vigilen, amonesten, arguyan, reprendan, instruyan y conserven el depósito de la fe que se les confía, sin temor á las potestades